

al venerable anciano, que al apoyarse en él le interrogó ansiosamente con los ojos.

—Ya lo ha visto usted, padre—contestó el médico gravemente—; hemos asistido al desastre de ese pobre organismo. Esa sensibilidad se ha roto hoy, ha estallado deshecha, como estallarían las cuerdas de un arpa heridas por una maza de hierro. Y..., desgraciadamente, si vive, se quedará imbécil ó loca.

¿Y pensarán que cabe en las estadísticas la cifra desconsoladora de las víctimas de la guerra?

Madrid, 1898 (1).

(1) Esta novelita fué uno de los primeros ensayos de la autora en este género.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN.
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALF"

Apdo. 1625 SAN ANTONIO, MEXICO

LAS HIJAS DE DON JUAN

I

Ultimo vástago de la casa y señorío de Fontibre, en tierra de Aragón rayana con Navarra, pertenecía don Juan á una familia burguesa en la posición, noble en la sangre, neurótica atávicamente: hubo en ella misioneros y conquistadores, levadura heroica que fermentaba aquí y allá en algún alma sedienta de ideales, que iba á buscarlos al claustro, á la guerra y con frecuencia al pecado, en locuras eróticas ó románticos descaminos.

De romántico tuvo mucho nuestro personaje—no me resuelvo á llamarle héroe—: coincidió su juventud tempestuosa con el tercer romanticismo nuestro, el que recogió la esencia becqueriana, confundida á la racha trágica de los dramas echegarayescos y á la patriótica llamarada de los primeros *Episodios galdosianos*. Por en-

tonces, por los días en que los *Episodios* prendían fiebre en las almas entusiastas, y Rafael Calvo electrizaba á los concursos con su declamación candente y con sus fogosas recitaciones de los poemas de Núñez de Arce, amanecía la mocedad de don Juan inflamada en el romanticismo contagioso, que era atmósfera del Madrid de aquellos años. Flotaban en el espacio todavía muchos efluvios donjuanescos: el gran mito de Tirso, reencarnado en Molière, en Mozart, en Byron, en Espronceda, en De Musset, y redivivo en Zorrilla, alentaba en las estrofas de Baudelaire, en el *dandysmo* de Brummell y en todas las formas del arte.

Luego el donjuanismo—digan los críticos lo que gusten—es español de origen y de *naturaleza*; está en el aire, en el clima, en la fácil vida alegre, frugal y aventurera, en la sangre ardorosa, atavismo caballeril, menosprecio de la vida, odio al trabajo, sobra de sol, prodigalidad del tiempo, mujerío irresistible, y legendaria fama de valor, rumbo y galantería. De todo eso está hecho el donjuanismo español, y tan vivo aún, que llena los teatros cuando se representa el *Tenorio* y abastece con sus víctimas cárceles y hospitales.

Claro es que en esto, como en todo, la leyenda concluye donde la europeización empieza; pero los tiempos de don Juan aún eran donjuanescos, y... bueno es apresurarse á fijar en la placa ciertas figuras antes que desaparezcan.

Lo que había de romanticismo, hidalguía y libertinaje en don Juan—y de esos tres elementos

estaba él constituido—no era cerebral ni meditado: como que don Juan no era un intelectual, sino un gozador. *Don Juan* no fué nunca uno de los *puercos de Epicuro*, que hozan en los fanegales de las últimas depravaciones; don Juan era el histórico seductor *gallardo y calavera* que lo prostituyó todo, menos la estética y la arrogancia, y el prestigio de su romántica persona.

Y justamente estos sus tradicionales encantos eran los que le hacían irresistible para con las mujeres. Cuidábase él tanto del nudo de la corbata y de la corrección del traje, como del sortilegio de las palabras y de la muda fascinación por el gesto y las actitudes; pero hacíalo todo con tan supremo arte, con tal sobriedad de recursos, que lo más estudiado parecía y, en parte, era en él ingénito. Poseía la intuición de lo bello, de lo exquisito y original. Y dentro de esa triple distinción, supo él crearse un gusto y estilo personalísimo.

Su vestir, su andar, sus modales formaron escuela; su saludo—un movimiento casi militar del brazo, dando al aire el sombrero—se hizo moda; su opinión era *autoridad*; su compañía, patente de elegancia. Su natural destreza para los deportes, los juegos y las artes hiciéronle estimado, solicitadísimo, popular en el Madrid de Alfonso XII.

En estética jamás tuvo inventiva; pero en imitaciones era *inimitable*. Remedaba con pasmosa perfección á Calvo, á Vico y á *Julianito* Romea, de cuya elegante flexibilidad participaba

en alto grado. Y aquella multiplicidad de habilidades y dotes de salón hacíanle *utilísimo* para todo lo inútil; pero sabido es que, en sociedad como en arte, «nada más necesario que lo superfluo».

Era, pues, don Juan una de las personalidades más típicas del Madrid de la Restauración. Lo mismo flotaba en la brillante espuma de la superficie, que buceaba por las fangosas profundidades sociales, sin perder jamás su altiva apostura, sin manchar en canallesco lodo los encajes de su valona de caballero; pero sin que hubiese escenario equivoco, café cantante, tasca de colmado, garito ni antro de placer donde no fueran célebres don Juan, sus gallardías, larguezas, hazañas y aventuras estupendas.

Claro es que la moral de don Juan era la del *Burlador* sevillano: pura estética de actitudes; pero quedábase en inmoral, no llegaba á ser *amoral* como los decadentistas actuales; porque don Juan, impío y olvidadizo de Dios por engreimiento de su fuerza y por audaz rebeldía, no fué jamás ateo, ni salvó nunca la distancia que separa al libertino del rufián ó del degenerado.

Quedaban en su alma generosos yacimientos de nobleza, y había en ella un cerrado santuario donde rendía culto á su sola ostensible religión: su madre. Una cristiana y virtuosísima señora á quien las locuras de su hijo martirizaron la vida y apresuraron la muerte. Harto lo conocía don Juan, y de aquella herida de amor y remordimiento sangraba siempre su conciencia. Había

en ella un íntimo santuario y un altar para la muerta adorada.

El último disgusto que don Juan dió á su madre fué su casamiento. ¿Quién hubiera dicho que perdido como él pensara en casarse? ¿Cómo sospechar que hombre de sus gustos y refinamientos escogiese para propia una mujer tan plebeya, ordinaria y achulapada como la que fué á buscar allá entre sórdidos tenderos de los barrios bajos? Pero... ¿cuándo tuvo don Juan otra ley que su capricho? Verlo contrariado de frente por su madre bastaba para que él lo realizara *incontinenti*.

Además, ha de tenerse muy en cuenta que el flamenquismo taurófilo-sentimental y la chulapería romántica, abigarrado amasijo de todas las formas degenerativas de nuestra españolería andantesca, estaban entonces en su apogeo; el valor legendario resolvíase en bravuconería y matonismo; las *orgias* de los melenudos degeneraban en *juergas* de colmado; las *Jarifas* esproncedianas, en hembras de pañolón; á la espada caballeril sustituíase la navaja canallesca; á la lira, la guitarra; á la estrofa, el *jipio*; y en todo, en el traje, en el aire personal, en el habla, introdújose y abrió surco la avenida flamenco-tauromáquica, que constituyó *género* en el teatro por horas, y en cuadritos y panderetas de los que *pagan* los ingleses.

El flamenquismo era, pues, moda, fiebre, sustracción de aquellos días, y venía á ser como el espaldarazo—más propiamente—la *alternativa*

en donjuanismo. Así, aquel casamiento tenía para don Juan sabor de aventura de novela; era una calaverada más, una nueva proeza, saltar barreras sociales, arrollar prejuicios, probar sensaciones ignotas, añadir un capítulo á su leyenda de gozador original.

Y pensado y hecho: se casó. Concha, su mujer, era bonita con la picante belleza de las hijas del Madrid bajo; con el peinado y el perfil goyesco de las hembras de Lavapiés; con el grano de sal chispera en la turgente boca altiva; con el relámpago fatídico de la maja en los negros ojos fieros; con el desgarro chulo á flor de labio y pronto á desatarse agresivo.

No quiere esto decir que fuese mala; al contrario, era la misma honestidad, virtud hirsuta y negativa, abstención del mal, no práctica del bien, honradez bravía sin gota de dulzura, y en lugar de fe y de misericordia cristiana, supersticioso culto de las exterioridades y ciega idolatría á la *Virgen de los barrios*, la única verdadera para ella, la Paloma. ¡Qué esposa para don Juan! Concha era virtuosa, y no conocía ni aun de nombre la estética; don Juan tenía la belleza por sola religión, y... ni de nombre conocía la virtud. No había avenencia posible.

Las discordias y conflictos de aquel absurdo matrimonio acabaron con la débil salud de la madre del libertino. De pena y de vergüenza murió la pobre anciana. Y aunque cobarde y olvidizo, don Juan no supo ser del todo ingrato hacia la abnegada mártir; guardaba para ella tal

copia de ternuras represadas, que le obligaban á una práctica insólita, increíble en él. Todos los años, el 7 de Abril, aniversario de la muerte de su madre, veíase á don Juan salir temprano de su casa, pálido, serio, en *deshabillé* no acostumbrado, revuelto al cuello un pañuelo de seda blanca, levantado el del gabán, el ala del negro fieltro sobre los ojos, y con aquel aspecto y continente, tomaba un *simón* y dirigíase primero á la Paloma, después al cementerio de San Isidro. De la Paloma era devota su madre, y en San Isidro estaba enterrada.

En la mezquina capilla donde Madrid se postra ante su Virgen predilecta entraba don Juan con recogimiento inusitado. Fuera hervía la resaca de la gente chulesca, el reñir de la banda de mendigos hampones en el atrio, el pregonar de las zafias verduleras, el chillar de las nubes de *golfillos* en libertad, el crudo blasfemar de carreteros y *simones* en perpetuo conflicto por la estrechez de la calle... Dentro, una paz solemne lo invadía todo. En el presbiterio, una fila de mujeres pálidas, con sus tiernas criaturas en brazos y una vela encendida en la diestra, ofrecían á la Virgen el fruto recién desprendido, caliente aún del calor de sus entrañas: el hijo nuevo.

En aquellas pálidas caras de madres resplandecían y se mezclaban dos luces de lo alto, dos sacras majestades: la maternidad y la fe; y aquellos rostros de chulas que en la vida tendrían gestos zainos y picantes, allí descoloridos, convalécientes, fervorosos, alumbrados por luz de

ceiros y fulgores matinales, se espiritualizaban, conmovían hasta el llanto.

En la nave se apretaba concurrencia promiscua: no faltaban *guayaberas* de chulo entre blusas tiznadas de obrero; flecudos mantones de negra espumilla contorneando reales cuerpos de chulas; roídos mantoncillos pardos pendientes de angulosos hombros de viejas; y entre el abigarrado conjunto, destacábanse aquí y allá ceñidas faldas de raso, boas y abrigo de nutria y de marta, penachudos sombreros y ricas blondas de altas damas; la *plebe santa de Dios* confundíase allí como en un seno amoroso; en todas las pupilas había lágrimas ó fulgor de esperanzas; y entre los cuerpos apiñados, alguna joven de negro pelo y cara cérea recién escapada al naufragio de la muerte, rezaba palpitante, llorosa, manteniendo en su mano una vela que alumbraba su palidez y su llanto con ese litúrgico esplendor de oro difuso en que parece arder la fe de veinte siglos.

Aquella fe insumergible llenaba la iglesita. Don Juan parecía beberla en el ambiente, cargado de plegarias y de incienso. De rodillas ante el altar de la Virgen, pálido, inmóvil, permanecía largas horas. ¿Rezaba? ¿Buscaba por los caminos que van á Dios la huella de las oraciones maternas?... ¡Quién sabe!...

Al salir derramaba una lluvia de monedas en las cien manos negras, esqueletadas, codiciosas que el clásico grupo de mendigos le tendía. Después el *simón* conducíale á San Isidro. Postrá-

base el libertino ante el hueco que contenía los adorados despojos; ponía los labios febriles en el negro mármol donde brillaba en áureas letras el nombre reverenciado, y como si aquel beso le limpiase de todos los besos de infamia, prolongábalo con fruición supersticiosa. Vuelto á su casa, encerrábase en su cuarto y, tumbado en la cama, pasábase el día á oscuras, solo, agotándose el alma entre llantos y desfallecimientos.

Pero don Juan no estaba hecho para el dolor ni para la contemplación. Aquel derroche emocional desquiciaba su organismo. Sus nervios se rompían, su cerebro estallaba. Había que aturdirse y reaccionar. Chapuzábase aprisa, se vestía, liábase en la pañosa y se lanzaba al torbellino. Aquella noche bebía como nunca, agotaba todas las voluptuosidades, ahogando en vino y en placer hasta la sombra de sus penas. Así era don Juan.

En aquellas oscilaciones de la voluptuosidad al misticismo estaba toda la psicología del gozador.

II

El balcón del gabinete de don Juan nunca se abría antes de las tres de la tarde, porque el impenitente nocharniago jamás se recogió antes del amanecer. Y como el padre de familia andaba reñido con la luz y con el orden, la casa toda era modelo de desequilibrio y trastorno.

Concha, en quien celos y disturbios aceleraban la marchitez física, exacerbando la acritud de su genio y la incultura de su zafio natural, pasábase la vida altercando con la única y siempre nueva criada, limpiando á duros golpes los mal-trechos trastos, ó correteando sofocada y tra-pienta los mercados y tenduchos más distantes y abyectos, en busca de víveres ó telas de fabulosa baratura, que en sofocos, billetes de tranvía y desavíos domésticos ocasionados por su ausencia, costábanle triplemente caros que si los hubiese pagado en tiendas vecinas.

Y como el amor pasó por aquella casa como fiebre aguda acompañada de delirio, de la vida conyugal sólo quedaron á la esposa amargos de-ijos, vejámenes, opresiones y celos tan rabiosos como su pasión por don Juan. Aquella fermentación de odio amoroso envenenaba su alma y visiblemente corroía y momificaba su persona. El declinar de sus encantos y los desvíos des-deñosos del marido recíprocamente se influían, creciendo de modo que Concha, no cumplidos los cuarenta y cinco años, era ya pavesa y sombra de sí misma, y don Juan haciale menos caso que al gatillo negro con que jugaban sus niñas.

Acostumbradas éstas al menosprecio que de su madre hacía su propio marido, y á fuerza de verla siempre mal vestida y peor humorada, adquirieron de la pobre mártir sin resignación concepto tristísimo; mirábanla como al prototipo del mal gusto, del desorden y de la perturbación, y, comparando continuamente las desastradas

trazas de la mujer con las exquisiteces y refinamientos del marido, acabaron por diputar á su madre por persona vulgarísima y ordinaria y á su padre por ser privilegiado y casi sobrenatural. Esto nunca se lo dijeron; pero ambas partían de tal concepto como de dogma infalible. Así, cuando en la mesa, en los trajes ó en la casa advertían alguna nota disonante con las elegancias paternas, se miraban y se decían por lo bajo, con la cruel ingenuidad de la infancia: «Cosas de mamá.»

Y el fallo de las muñecas era certero. Tenían ellas una escuela libre de estética en el cuarto de don Juan, donde, solas y en libertad, durante las ausencias de sus padres, curioseaban á su sabor toda especie de libros, revistas, fotografías y grabados de arte plástico y sin velos, en los que lo más pudoroso venía á ser el casto desnudo clásico; y en aquellas páginas de belleza, y por calles y paseos, habíanse ido formando su gusto estético, influido por instintos heredados de su padre, y, por tanto, en todo opuesto á las tendencias maternas.

Importa mucho advertir que las hijas de don Juan se llamaban Dora, la mayor, y Lita, la pequeña; es decir, sus respectivos nombres eran Teodora y Dolores; pero la natural tendencia cariñosa que nos lleva á diminutivar los nombres de los pequeñuelos hizo á don Juan abreviar bellamente los de las nenas.

Cuando Dora y Lita llegaban á la edad de la presunción—época en que las conocemos—, em-

pezaron las guerras perennes entre Concha, que, pugnando por ajustarse al exiguo presupuesto marital, empeñábase en comprar pingos resobados y antiguallas marchitas en los saldos de la calle de Toledo, y las niñas, que protestaban ruidosamente de tales atentados de lesa elegancia y obstinábanse en adquirir sus trapitos, cuando menos, en la calle de Postas. En lo más crudo de la reyerta sobrevenía á veces don Juan, que daba la razón en lo estético á sus hijas; pero al percatarse de que tal fallo atentaba á su bolsillo, ahuecando la voz, pronunciaba esta dura sentencia:

—Vamos, haced lo que os mande vuestra madre, y basta.

Con lo que todo quedaba peor que estaba, porque, otra vez frente á frente las beligerantes, alegaban las chiquillas el parecer paterno, y Concha, á grito herido, invocaba el inapelable mandato de don Juan y la imposición aplastante del hecho, *suprema ratio* que la oradora condensaba en esta contundente conclusión:

—¡Sobre todo, como no hay dinero, os conformáis con lo que os traigo, y si lo queréis mejor, lo robáis! ¡Escoged!

La que primero cedía era siempre Dora, criatura pálida, anémica y contemplativa, que parecía hecha de ensueño y sensibilidad. El ejemplo doloroso de sus padres, el total abandono en que el uno por egoísmo y la otra por ignorancia, carencia de recursos y de reposo espiritual tuvieron siempre la educación y cuidado de sus hijas,

toda aquella atmósfera de incuria y malestar que allí se respiraba eran como soplo de desamor que helaba el tierno organismo de aquella niña, en quien encarnó lo mejor del alma de su padre con lo más intenso de la afectividad materna, sin fermentos de amargura y sin heces de grosería. En Dora toda pena ó contrariedad resolvíase en llanto, en dolorido cansancio del esfuerzo de vivir sin aire por donde tender los vuelos del alma.

Lita, en cambio, era un ser, si no muy vigoroso, fuerte, con la fuerza de los débiles: la flexibilidad y la astucia; era un organismo fino, acerado, resistente, con elásticas energías, bien armado para la lucha, flexible como los felinos para la acometida y el salto: una gatita madrileña que tenía de los gatos las proverbiales *siete vidas*, la gracia, la eléctrica viveza, la algodonácea blandura y las garritas agresoras.

En el ocio y el desorden criáronse ambas, y al sesgo de sus instintos formábase cada cual en el sentido de sus tendencias. Dora se hacía más triste é imaginativa; Lita, más avispada y picaresca. Vivía allí cada cual entregado á su quimera, á la voluble corriente del azar, y de aquella existencia flotante, ociosa, bohemia, pintoresca y en el fondo muy castiza parecía empapada y poseída la vivienda.

La casa de don Juan tenía como ninguna expresión, gesto, fisonomía propia: el balcón del calavera, cerrado hasta muy entrada la tarde, contaba la desquiciada existencia, el vicioso trasnochar y la egoísta independencía del goza-

dor profesional, desgarrado del vivir de los suyos; en el balcón de las niñas, unos tiestecitos de claveles y begonias y algunos guantes y encajes lavados, flotando á secar en una cuerda, decían juventud, coquetería, atavismos señoriles.

El resto de la vivienda llenábalo de su descontento, de su mal gusto y de sus explosiones de celos é iracundia la desventurada esposa. Concha no comprendía la dignidad callada, el silencio altivo, la existencia recogida que exhala su perfume en el cerrado hogar como azucena en santuario. Para ella la vida—ventura, dolor ó sonrojo—pedía espectadores; era algo que había que ostentar á las gentes y dar al aire por ventanas y balcones, como los abigarrados pingos y pañolería chinesca que ella colgaba antaño en sus rejas de la calle de Toledo.

Por los huecos de la fachada ó del patio salían á borbotones, á oleadas, á chorros de color, ruido y escándalo, las interioridades de la casa de don Juan. En los balcones se tendía la ropa lavada, y á ellos sacábanse á ventilar colchones, mantas, alfombrillas, zaleas, toda la trapería y mobiliario de las alcobas, por roto, sucio y maltrecho que estuviese ajuar tan íntimo.

En los balcones ó ante las ventanas, de par en par, discutíanse en altas voces los más arduos y recatables asuntos domésticos. Y por los huecos todos de la vivienda salían al patio ó á la calle en risas, cantos, riñas, bufidos, lloros ó imprecaciones todos los latidos, resuellos, dolores y vergüenzas de la familia.

Para Concha el vivir, el gozar, el padecer, no eran cosas personales, propias; su ser entero transcendía á la casa, y de la casa rebosaba á la calle, á los cuatro vientos de la publicidad. Con sus alegrías—cuando las tuvo—hubieron de alegrarse muebles, pingos y bichos caseros—el canario, el gato y las palomas—; de sus celos, miserias y bochornos resentíanse las gentes, los trastos, las ropas de su casa y los oídos de los vecinos; sobre todos caía y bramaba hervoroso el torrente de sus iras; á toda la casa parecían trascender y rezumar las hieles que á ella le agriaban el genio y la envenenaban la vida, y materialmente se sentía sacudirse, gemir y temblar á aquella vivienda con los espasmos convulsos y con el resuello estertoroso de un ser enfermo, neurótico, desesperado.

III

A la temprana hora de las tres de la tarde acababa de salir á luz don Juan, que aquel día, como los más del año, no almorzaba en su casa. Iba, según costumbre, de punta en blanco, resplandeciente de pulcritud, intachable en el corte y por menores del varonil atavío, arrogante en la apos-tura, gallardísimo en el andar. Antes de salir entró en el comedor á dar el beso de ordenanza

á sus hijas, que, mal vestidas y desgredadas, flotaban allí del destripado sofá de gutapercha á la mesa de sucio hule blanco, entre una verdadera selva de pingos y cintajos inclasificables.

La natural gentileza y acicalamiento del conquisador profesional fascinaba á las chiquillas, que á su paso quedábanse suspensas ante la llamante elegancia de su traje, la fuerte oleada de cosmético y oloroso tabaco y la mágica aureola de misterio y de triunfo que le cercaba.

Una hora antes que su marido había salido Concha, mal vestida, despeluzada, lleno de manchas el traje, liada en el manto de un luto ya cumplido y con el resobado bolso del dinero pendiente de la muñeca derecha. Iba de compras; llevaba mil proyectos, y al besar á sus hijas, distraída, perentoriamente, irradiando de las mejillas vivo calor que no apagaban los copiosos polvos de agrio perfume, habiales dicho ásperamente:

—Si tardo, nada de lloriqueos ni impacencias; llevo mucha tela cortada.

Así, el seco golpe con que don Juan cerró al marcharse la puerta de la escalera fué para las muchachas señal de libertad omnimoda. Quedábanse en pleno señorío de sus personas y casa para muchas horas. Dios sabía cuántas. La menegilda, que, cantando á todo trapo, bazuqueaba la loza en la cocina, harto haría con hablar y escandalizar á rienda suelta con sus congéneres del patio, hasta que volviese, hundiendo la casa con sus regañetas, la señora.

Una vez solas, lo primero que se les ocurrió

á las muñecas fué meter las naricillas en las habitaciones paternas. Exhalábase de ellas, con el vaho del tabaco y los cosméticos, algo ignoto y misterioso que las atraía, algo que vagamente se asociaba á ensueños y á cosas apenas definidas por sus mentes infantiles; y ese algo expresábalo con hechicera espontaneidad Lita, la resuelta, diciendo:

—Me gusta entrar aquí, porque este cuarto huele á hombre. ¿Verdad, Dora? Este tufillo del tabaco y de las carteras de piel de Rusia me entusiasma; y lo que es yo no seré como mamá, que tanto rabia con el cigarro: un hombre que no fuma, no me parece ni hombre. Y..., la verdad, á mí los hombres me gustan á lo *Don Juan Tenorio*..., como papá.

Así traducía la monina á su léxico infantil lo que á su temperamento femenino, ardoroso y madrugador, sugería aquella estancia varonil: el presentimiento del hombre futuro entrevisto en los ensueños de toda niña.

Para Dora, la romántica, el ideal surgía también ante la fuerte evocación del medio; pero su ideal no tocaba á la tierra; su *caballero* no encarnaba, como el de Lita, en la persona de un fumador calavera.

Con gesto y propósitos muy diversos entraron, pues, las curiosillas en los dominios de don Juan. Dora, la hacendosa, echó una mirada compasiva al desorden en que su dueño dejaba ambas piezas, tocador y gabinete, y á fuer de mujercita juiciosa, emprendió la limpieza y

arreglo de aquella leonera, acompañando su trajín con expresivos suspiros, que decían:

«¡Válgame Dios, qué papá tan desordenado y qué mamá tan callejera tenemos! Si el uno se levantase á la hora de las gentes y la otra se estuviera en casa para mandar á esa zafia de alcarreña que no nos hace caso...»

Por aquí iba de sus reflexiones Dora, que á puro esfuerzo intentaba cargar con el colchón de la cama paterna, cuando, ocurriéndosele que bien podía ayudarla Lita, alzó los ojos en su busca y viósele en el gabinete revolviendo objetos y papelorio ante un cajón nunca explorado de la mesa de don Juan. ¿Por qué diabólicas artes habíalo abierto la empecatada Lita?

—¿Qué haces ahí, demonio?—chilló Dora, no menos picada de curiosidad que su hermana; y de un salto se plantó á su lado, puestos los ojos y la atención en el descubrimiento. ¡Había tantas cosas vedadas en el gabinete de don Juan, que, por lo mismo, tiraban de ellas, atraían como con mil imanes sus manillas traviesas y sus ojitos interrogadores!

Dora intentaba siempre resistir á la pícaro tentación insidiosa, y solía conseguirlo; pero aquel día la sugestión era verdadero maleficio. Culebreaba por los nervios, bullía en la sangre, empujaba la voluntad, tiraba de la mano, sorbíasé las miradas... Lita, con las mejillas encendidas y los ojos chispeantes, empuñaba un fajo de papeles abigarrados, que exhalaban una bufarada violenta, acre, nauseabunda, de promi-

cuos perfumes escandalosos, *infames*, que difundían por la atmósfera contagio sugestivo, conturbador, como de voluptuosidad respirable.

Aquellas cartas—ya se habrá adivinado que lo eran—diferían entre sí por el carácter más ó menos elegante de la letra; pero en la torpe ortografía y en la más torpe notación y sentido, parecían todas de una mano. Su lectura era para las inocentes niñas un envenenamiento. Atraíalas lo ignoto, lo vedado, lo peligroso, lo dramático que percibían ó adivinaban en aquel desconocido lenguaje; asustábalas el ver el nombre paterno—por ingénitas leyes venerado—confundido á tanto lodo—harto les avisaba el instinto de que lodo moral era aquello—, y entre hambrientas de curiosidad, sofocadas de vergüenza y asustadas de su osadía, del cúmulo de sensaciones que les asaltaba, definían claramente, aunque sin poder razonarlo, un derecho, un derecho santo á la honradez y al amor de su padre; vagamente adivinaban que aquella disipación de la vida y del alma paterna era un fraude cruel que se les hacía de todo aquello que consideraban tan suyo; y así, aunque á hurto perpetraban una acción censurable, sentíanse en posesión de un derecho.

Estas ideas, temores y percepciones embrionarias, los súbitos rubores, la virginal rebeldía que en ellas provocaba el olor, el contacto, la lectura de aquellas cartas; las sacudidas de sorpresa, la exaltación de fantasía, los atisbos de curiosidades malsanas, el asalto de malicias insintivas, las desgarraduras de tenues, místicos

velos de respeto y de pudor en las almitas virginales: ¡todo en aquella brutal revelación fué para ellas trágico, irreparable como una caída del cielo!

Un momento hubo en que del almita de Dora se vió subir á su cara de azucena algo solemne y puro: la protesta de la inocencia y de la virginidad ofendidas; y con arranque de alta dignidad arrojó, sin acabar de leerlo, el pliego color de fresa, hediendo á patchuli, que tenía entre los blancos deditos. Entonces, sin hallar expresión al desencanto, al dolor, á la vergüenza y hasta al remordimiento que invadían su alma, doblando la cabecita sobre el pecho, rompió á llorar desconsoladamente.

Lita, roja como una cereza, arrugando entre las manos nerviosas el papelucho verde manzana que acababa de leer, saltó impetuosa, contestando al dolor de Dora con sentimiento menos angelical, más humano:

—¿Sabes lo que te digo, Dora?... Que nuestro señor papá es todo un *golfo*.

Y en sus negros ojos llameó una protesta que casi parecía amenaza de desquite.

A esto, ¡tilín, lin, lin, lin!; la campanilla chillaba vibrante, furiosa, amenazando caer arrancada de cuajo. Lita, olfateando el peligro, saltó al asiento del piano, que estaba en la sala junto al gabinete de don Juan, y rompió á tocar con loca furia el tango de moda; Dora corrió á un rincón obscuro de la sala para ocultar su llanto, y cuando al fin la desgarrada maritornes abrió

la puerta, Concha, roja de ira y de cansancio, resoplando, bufando, echando lumbres, cerrando y abriendo á fieros golpazos las puertas, hizo irrupción en la sala.

—¡Aquí podíais estaros aporreando teclas, ó tiradas por los rincones, señoritas de cuerno! ¡Cursis, más que cursis, ignorantonas, que no sabéis ni la o, ni servís para maldita la cosa, mientras vuestra madre anda con los hígados en la boca, hecha una mula de carga, corriendo los tenduchos más puercos de Madrid! Y esto, ¿para qué? Para comprarlo todo caro y malo; para que esa *golfa* haya achicharrado, mientras, el principio; para que vosotras os estéis holgazaneando todo el día, y para que á mí, por querer abarcar tanto, se me haya derretido, con el calor de las manos, la butifarra que traigo desde la Plaza de la Cebada, manchando con su pringue roja la cinta de raso y la gasa que os traía para los sombreros. ¡Viaje perdido, trabajo inútil, dinero tirado! Y luego para que digáis vosotras, ¡desvergonzadas!: «¡Cosas de mamá!», y el *demonio ese* (su marido): «¡Economías de mi mujer!»

Tan dolorosamente ridículo era este apóstrofe, que Lita, sofocada aún por la vergüenza del furtivo descubrimiento y el miedo á ser cogida *infraganti*, no pudo contener su franca risa. ¡Y allí fué Troya!

—¡Esto sólo me faltaba, insolente, mamarracho, que se riese usted de mí en mis narices!

Y como la furibunda madre quisiera reforzar con la acción la palabra, entre la rabia y la prisa

cayéronsele de las manos cuantos incongruentes objetos traía en mal liados paquetes, y rodaron por la alfombra, en revuelta mezclanza, el tul con las longanizas, los huevos y las latas de conserva á medio abrir y chorreando aceite, con las cintas de raso.

Creció el furor de la madre, estalló la risa de Lita, «y el suceso hubiera tomado *alarmantes proporciones*», como dicen los gacetilleros, á no oirse de improviso un mal comprimido sollozo de Dora, que hizo á Concha abandonar á Lita, arrojar las maltrechas compras y correr al lado de la afligida.

—¿Qué tiene este demonio?—chilló en la fogarada, que era en ella explosión de amor—. ¡Entre todos vais á quitarme la vida! Pero... ¿qué tienes, criatura de Dios?—El tono ibase dulcificando—. ¿Estás mala, hija de mis entrañas?

Dora lloraba más y más, sin que hubiese modo de sacarle sílaba. De pronto saltó Lita, como si, animada por súbita inspiración, hubiese hallado modo de abrir ancha salida á las cóleras maternas:

—¿Sabes lo que tiene, mamá? Voy á decírtelo. Que hoy nos hemos convencido las dos de la razón que tienes cuando dices que papá es... todo eso que le llamas tú cuando estás enfadada.

—¿Qué le llamo yo? ¡Cualquier cosa mala!... ¡Todo lo merece! ¡Dios me perdone!

—¡Sí, mamá, razón tienes; porque las cartas que hemos visto hoy...!

—¿Qué cartas, enemigos malos? ¿Habéis visto

cartas de las que recibe ese demonio? ¡Estáis dejadas de la mano de Dios! ¿Por qué habré salido yo hoy, Virgen de la Paloma? ¿Quién os manda curiosear en ese cuarto? ¡No tenéis educación, ni respeto, ni aquí nadie se mete en enseñaros nada tampoco! ¡Por supuesto, que la culpa de todo se la tiene ese granuja, que no paga ni frito en aceite! ¿A quién se le ocurre, teniendo hijas tan jóvenes, dejarse por en medio los indecentes papeluchos de esas pendonas, desechos de muladar, con quien él se trata?

En el fondo de los furoros de Concha palpitaba una viva satisfacción: al fin podía ella explayarse delante de sus hijas, puesto que lo sabían todo; al cabo podía dar rienda suelta á todo aquel rabioso encono que se le pudría dentro y que necesitaba desfogar á salto de mata, con amigas y vecinas, hasta con criadas y placentas; porque lo que á ella le sucedía clamaba al cielo, habían de oírlo los sordos y hasta las mismas piedras. ¡Bastante hacía con beber tantas lágrimas y tragarse aquellos bochornos y aquellas hieles negras, arrastrando su aperreada vida! Pero... ¿callar, además? ¡Un demonio que callase! Primero reventaba ella. Y estalló, y soltó la esclusa; y en menos de una hora enteró á sus hijas de todo, de todito cuanto les había callado desde que las echó al mundo.

Habló, habló llorando, maldiciendo, completando con mil elocuencias vivas del gesto, de la acción, del léxico de mercado, la cruda revelación de las cartas; ahondó el dolor pudoroso

de Dora, el bochorno irritado y la vergüenza curiosa de Lita, el acerbo desencanto de las dos. Concha veía su brutal confidencia rodar como ola cenagosa por las inmaculadas almas, anegando ideales, tronchando ilusiones, empañando nitideces místicas... Veía todo esto, ó presentíalo con su presentir de madre, y hablaba, hablaba, hablaba desatentada, calenturienta, como poseída, irresponsable. Veía las caritas blancas empalidecer y afilarse de emoción, arder en rubores; veía las pupilas asustadas cuajarse en asombro, ó centellear de malsanas curiosidades...; ¡pero se había desahogado!

IV

El mal hallazgo de las cartas operó en la vida de las niñas cambio visible; fué comienzo de otra edad, iniciación amarga en la vida, pérdida de la gracia genesiaca. Desde aquel día vióse en ambas hermanas adelgazarse la envoltura infantil, transparentando bajo ella á la mujer futura.

El fuerte reactivo de la brutal revelación obraba en cada cual en el sentido de su propio temperamento; así, en Dora bocetábase la mujercita romántica, vagamente acusada en la niña sentimental, de palidez enfermiza, mirar distante y silencio imaginativo. Y en Lita sentíase ya

el pulsar de una fisiología briosa y el deslumbrante centelleo de una inteligencia precoz y de una gracia traviesa, picante, madrileña pura. Tenía el diablejo, para indulto de sus picardigüelas, dos saladisimos hoyuelos en las mejillas, que eran como hechicera prosodia de sus chistes y malicias; y la frescura y delicioso descaro de sus *salidas* eran capaces de desarmar á la propia justicia. Además, allí no había autoridad ni cabeza.

Desde el día de la triste revelación don Juan perdió para sus hijas todos sus prestigios, sin que por esto Concha adquiriese ninguno para ellas; al contrario, á su inferioridad intelectual juntóse ahora otra inferioridad moral: la falta de dignidad con que la triste arrastraba su desgracia por los fangales de la más degradante maledicencia. A llevar la madre con muda resignación la corona de su martirio, hubiera tenido en el alma de sus hijas un altar, un culto de amor. Pero en aquella casa no había altares ni cultos. Entre un gozador de oficio y una histérica de Lavapiés, ¿á quién habían de adorar las criaturas?

Repetían las dos hermanas el eterno contrapuesto dualismo de Marta y María, singular antítesis que se da con tenaz persistencia, aunque con riquísimas diversificaciones, en casi todas las familias. Diríase que la Naturaleza se divierte en combinar tales contrastes, que un artista sumo se deleita en vaciar en el mismo molde dos estatuas humanas poseídas del más opuesto espíritu. Así, cada pareja de Marta y María, tan

repetidas en el curso de las generaciones, viene á constituir algo como un gemelismo contrapuesto, porque es de notar que, cuanto más diversas, mejor se aúnan, más se compenentran y más se quieren dos hermanas; y es que la semejanza, más que el gemelismo, las une casi en un solo ser; hace más que asociarlas: las integra.

Y esta espiritual integración, causa de los grandes amores, de las grandes amistades y de las fraternidades perfectas, realizábase tan completamente en Dora y Lita, que, como por misterioso instinto, supieron desde la niñez primera cederse y prestarse, como los juguetes, las cualidades del alma y las energías fisiológicas. Cuando Concha—y esto pasaba á diario—reñía injustamente á Dora, Lita se indignaba por su hermana, y con violencias agresivas oponíase al castigo inmotivado. Y cuando Lita, castigada con justicia, rebelábase, Dora, inocente, pedía de rodillas el perdón para la indómita, y acababa Lita por llorar, más que de contrición, de bochorno ante tales abnegaciones.

Sugería Dora á Lita la dulzura, la fe, la mansa conformidad, la suave esperanza; dictábale la oración, rezaba con ella y hasta rezaba en lugar de ella, cuando Lita se dormía al arrullo de las plegarias. Por su parte Lita sugería á Dora mil ingeniosos recursos, mil juegos entretenidos, mil saladísimas travesuras. Lita era la alegría y el ingenio de Dora; Dora, el juicio y la piedad de Lita; Dora tenía alas para volar á todas las alturas ideales; Lita, pies traviesos para correr

por todos los caminos y trepar por todos los vericuetos de la tierra; Dora ensoñaba deliquios celestes, añoraba quietudes extáticas; Lita ansiaba desbravar sus nervios con la ducha fuerte de la sensación, afrontar lo imprevisto, lo trágico, lo ignoto de la vida; Dora era, en fin, éter de misticismo; Lita, brasa de pasión; las dos juntas hubieran poseído el cielo y la tierra; ¿qué sería la una sin la otra, si la suerte desataba aquel nudo de contrapuesto gemelismo?

V

Los despilfarros y locuras de don Juan consumaron la ruina de la casa; como en su persona y placeres gastaba diez veces más de lo que producían sus últimos terrones de Fontibre y el residuo de la derretida fortuna de su mujer, pronto realizó tierras, papel, muebles, alhajas, ropas, ¡todo! Y cuando ya nada tenía, acudió á la Bolsa—con dinero prestado á réditos escandalosos—; después dió un paso más en los juegos de azar y se entregó en cuerpo y alma á *los prohibidos*; pero la perra suerte, acariciadora al principio, volviésele de espaldas y comenzó á perder á todo trapo, y empezaron los acreedores á llamar á su puerta, y don Juan á sortearlos con más arte que el ágil chulillo al miura intencionado.